

Odiaba su música. Normalmente son los padres los que odian la música de los hijos. Pero es que: uno, yo no tenía música; dos, a ellos les daría igual que la hubiera tenido porque yo no iba vendiéndoles a ellos lo que me gustaba. A lo mejor no debía contártelo. ¿Qué importa? Tener dieciséis años y no tener música. Hay chicas de mi edad que no tienen padres ni familia, ni cama, yo qué sé. Vale, ¿y para qué sirve comparar? Las cosas tienen que estar bien porque lo están, no porque sean mejores o peores que ninguna otra. Mi bolígrafo es perfecto. Plateado, de los que aprietas para que baje la punta. Y tiene recambios. Me gustan los recambios. Hacen que sepa que mi bolígrafo es único, lleva cinco recambios puestos por mí, dos de tinta azul y tres de tinta negra. Y ya está. No lo comparo, no me da la gana. Estoy escribiéndote con él y es todo lo que necesito. Creo que tener dieciséis años, llamarse Martina y no haber tenido música es un asqueroso desastre. Porque si la hubiera

tenido sentiría que pertenezco a algún sitio, supongo. Tener música es como tener un código. Y es extraño porque yo creo que sí tengo un código.

«You, who are on the road, must have a code, that you can live by»: tú, que estás en la carretera, debes tener un código según el cual puedas vivir. En inglés suena mejor, y rima un poco. Es la letra de una de las canciones que les gustan a mis padres. Creo que me dan grima porque gastan frases que me importan. O sea, desprecio, por ejemplo, a La Oreja de Van Gogh. Pero no les odio, no se lo merecen, ¿sabes?: «Mi corazón lleno de pena, y yo una muñeca de trapo», puagh, es una estupidez, babosa, me imagino a cualquiera oyéndolo mientras espera con el carro rebosante de yogures, detergente y jamón york en la cola del supermercado. Mi corazón, saco los yogures, lleno de pena, cojo el detergente, y yo una muñeca de trapo, saco la cartera. En realidad, no es música. Son sonidos empaquetados, como esos juguetes de bebés con pilas que dicen «pruébame» y aprietas y suenan cosas. La música, la de verdad, no suena: te atraviesa el cuerpo de parte a parte.

Es raro, mientras te escribo estoy viéndome escribirte y no me veo desde la puerta, sino más bien como si estuviera en la casa de arriba y el suelo fuera de cristal. Me tumbo en el suelo de los vecinos para ver cómo te escribo, con un codo apoyado en la mesa y el pelo tapándome la cara. Aquí arriba no hay nadie. Ni los vecinos, ni el perro de los vecinos. Y al mismo tiempo sigo abajo, en el cuaderno, contigo. Creo que me pasa esto porque desde hace unos días me he sali-

do de la historia: la de mis padres, la del instituto, la de mi vida; la de lo que se supone que es mi vida, quiero decir.

Yo al principio pensaba que la vida era una de esas fiestas con piscina donde todo el mundo se baña desnudo pero alguien se queda vestido, o sea, yo. Pero últimamente he estado sintiéndome al revés: me había quitado la ropa, me había tirado al agua en bolas tan confiada y resulta que todos seguían vestidos, y alguno como mucho parecía dispuesto a venirse al agua conmigo pero con un superbañador bermudas o un bikini blanco. Así que me he largado, ¿sabes? O sea, no he vuelto a salir y he pedido una toalla y he puesto cara de pues qué buena el agua y aquí estamos. No. Lo que he hecho ha sido coger mis cosas, secarme sí, vestirme, pero luego coger mis cosas y pirarme; ahora voy por ahí con el pelo mojado y el verano en el cuerpo aunque nieve.

Mis padres hace tiempo que decidieron que yo era rara, igual que, según ellos, la mayoría de los adolescentes y un poco más. Creen que suspendí por eso, por una adolescencia mal llevada o algo parecido. Pero mi historia tiene un principio, fue el día 4 de diciembre, me acuerdo muy bien. Dejé de estar en clase. O sea, como yo iba, rellenaba los exámenes, no hacía barbaridades, todo el mundo tranquilo. Premio: es como si dijeran hoy es martes, así que siempre va a ser martes. No era martes. Yo iba pero no estaba ahí. Puedes mirar y escuchar y haberte ido, eso lo sabe cualquiera. Llega un momento en que las cosas dejan de importarte. Cuando los que te hablan no tienen acti-

tud, oyes llover todo el rato. Como no la tienen, ya pueden venirte con el día de mañana, la materia inter-estelar o con la historia mundial del hip-hop, no me lo creo. Me parece que si me acerco a cualquiera de esos profesores o profesoras y les pongo un dedo en el hombro, mi dedo índice en su hombro, y empujo un poco, así, y otro poco, pues van y se caen. Y lo mismo mis padres: hablan y oyen canciones pero luego, cuando algo pasa, no se mantienen de pie, se piran o corren a esconderse detrás de una frase. Así que, bueno, resulta que aquí no hay nadie, unos hacen que hablan, otros hacen que escuchan, pero ¿dónde estamos?

La semana siguiente al día 4 hubo exámenes y me suspendieron. Aprobé dos exámenes, no sé ni cómo, la verdad; en los demás tuve un 2, un 1, un 2,5, un 4,3 y un 3,9. Yo siempre sacaba buenas notas. Crisis. Primero llega mi padre y me pregunta qué me ha pasado:

–Pues que he suspendido. Me han salido mal.

–Martina.

Esto del nombre me mosquea, ¿sabes? Es como una especie de conjuro: miras a alguien y sólo dices cómo se llama. Es fuerte, pero debería usarse muy pocas veces. Malgastan las frases, malgastan la música, es que lo pierden todo. Recojo mi nombre del suelo, y de paso el de mi padre, que también se le ha caído, y se lo doy:

–Juan.

Le sentó fatal. Yo no sé si quería que le sentara tan fatal. Pero tengo dieciséis años. A mi edad los perros están para el asilo. Y dicen que en Estados Uni-

dos te dejan conducir. Llevar un coche es como llevar una pistola cargada. Te da un ataque de rabia: bang, disparas a alguien que te está molestando. Pues con el coche puedes hacer lo mismo: estás ahí, en el paso de cebra, y ves al típico padre de familia con un paquete de pasteles y cara de que sus hijos han ganado todos los torneos y han sacado las mejores notas, o sea, con cara de no haberles mirado a los ojos en toda su vida, y sueltas el freno y aceleras: se acabó, lo has arrollado junto con sus pasteles, adiós. Con dieciséis años, si él dice Martina, yo digo Juan.

—¿Quieres perder el curso? Te parecería divertido repetir.

No le contesté. Te juro que no quería hurgar en la herida. Sólo me quedé mirándole como si siguiera esperando a que me dijera algo y es que realmente estaba esperando. Porque hablar es decir algo, ¿no? La Oreja de Van Gogh no canta aunque cante, no tiene música ni letra ni nada dentro. Y hay veces que las personas tampoco hablan, aunque hablen. Así que me quedé callada, esperando a que dijese algo que saliera de él y llegara a mí, no algo que se quedara flotando como el hilo musical en una sala de espera. Seguimos así, mirándonos. Él estaba muy enfadado, se le notaba. Pasó como medio minuto y se fue. Pero yo no me moví ni un milímetro. En vez de a mi padre ahora veía un trozo de estantería y medio sillón rojo. Me fijé en que una parte de la oreja del sillón estaba muy gastada, parecía de color naranja claro y se veían las rayas de los hilos horizontales y verticales que la atravesaban, como cuando hay un archivo de vídeo

defectuoso y en la pantalla se ve una parte con píxeles rectangulares.

Estuve unos diez minutos en mitad del salón. Al cabo de dos o tres ya no esperaba que mi padre me dijera algo, pero es que no tenía ni puta idea de adónde ir. ¿A mi cuarto? La verdad es que últimamente mi cuarto me parece una caja de zapatos y estoy cogiendo complejo de gusano de seda. ¿A la cocina? Ahí igual me encontraba con mi padre otra vez, o con mi madre. ¿A la calle? Alguna vez ya lo he hecho. Me he ido de casa porque nada encajaba, porque habría querido «soplar y soplar y la casa derribar». Pero luego, en la calle, ¿qué? Cruzo, voy de una calle a otra, las que están cerca me las sé de memoria. Una vez cogí un autobús que no sabía bien dónde paraba. Y todo es igual aunque sea distinto. Te bajas en cualquier calle y vuelves a ver bares, tiendas y puertas cerradas. Es lo que más hay, puertas y más puertas y más puertas, todas cerradas. Hasta me habría metido dentro de una iglesia si no tuviera la sensación de que detrás, en algún sitio, siempre hay un cura mirando que tarde o temprano se me acercará para preguntarme si estoy bien.

Pues ahí me quedé, de pie. Que me haga invisible, que me haga invisible. Y luego me fui al ascensor. Me dio por ahí. Me gustan los ascensores. Suben y bajan. O están quietos. Son como un cuarto que no pertenece a nadie. Me puse en cuclillas, la espalda apoyada contra la pared. Lo llamaron una vez. Entonces me levanté e hice que estaba subiendo. Saludé, sonreí, buenas tardes, hola. ¡Qué frío hace, eh! Adiós,

adiós. Y otra vez me metí dentro. Como a la media hora ya estaba más tranquila, así que volví a casa. Pero, claro, imagina, ahora le tocaba a mi madre. Poli malo, poli bueno. ¿No es todo asquerosamente triste?

Yo me había metido en mi cuarto. Me puse a mirar por la ventana. Como nuestra calle es estrecha, las casas de enfrente están bastante cerca. Y vivimos en un tercero. Pisos de la casa de enfrente, un poco de cielo si me inclino y estiro el cuello, y si miro para abajo las aceras y una fila de coches aparcados: gris, verde oscuro, azul, negro, gris, blanco. Estaba contando los colores de los coches cuando los nudillos de mi madre golpearon con suavidad la puerta. Es educado, llamar. Es civilizado, se supone que yo podría estar haciendo de todo, ¿no?, y si abre de golpe... Patada en la puerta, como los policías de las pelis: no habría sido educado, pero habría sido sincero. Bah, no quiero decir esto. Normalmente me gusta que llame a la puerta. Pero hoy no me ha gustado. Supongo que es por todo lo que dijo luego.

—¿Hablamos un rato, Martina?

—Ya estamos hablando.

—Sentadas.

Me senté en la silla. Toda la cama para ella, lo que no quería era que se sentara a mi lado. ¿Por qué? Pues no sé, pero no quería.

Ella se sentó en la cama.

—Si no tienes ganas de hablar ahora, dímelo.

Vale, no tengo ganas. Tenía que habérselo dicho. Pero lo malo de los padres es que encima les tienes que consolar.

—Me han suspendido. Casi siempre apruebo y no hemos hablado de que he aprobado. A lo mejor también teníamos que hablar cuando apruebo. «Martina, has aprobado, vas a pasar de curso, ¿te divierte la idea? Luego vas a tener un horrible trabajo y te pasarás la vida diciendo que sí. ¿Te das cuenta? ¿Eres consciente de ello?»

—Muy agudo. Pero ahora me gustaría que me explicarás por qué has suspendido.

—Los exámenes me han salido mal, a todo el mundo le pasa alguna vez.

—¿Hay algo que te preocupe?

No contesté.

—A lo mejor prefieres hablarlo con otras personas, no con nosotros. Pero si necesitas ayuda, sabes que estamos aquí. Y todo eso de que vas a tener un horrible trabajo es una excusa. Ahora tu deber es aprobar. Más adelante, ya podrás elegir qué haces con tu vida. En la parte que puedas. Porque no todo se elige.

—Vale.

No lo digas, no lo digas, no lo digas. Pues lo dijo:

—Martina.

—Vale, mamá. Si necesito ayuda os aviso. No todo en la vida se elige. Desde luego, ya puestos, yo habría elegido medir quince centímetros más. ¿Qué quieres? ¿Que te diga que voy a estudiar y voy aprobar y que sólo ha sido una mala racha? Pues te lo digo. Es más. Voy a empezar a estudiar ya. Ahora mismo. ¿Puedes salir, por favor?

Me levanté y empecé a sacar los libros de la mochila. Mi madre se fue de la habitación sin decir



nada. Supongo que le hice daño. Supongo que antes también había hecho daño a mi padre. ¿Cómo se coloca todo bien? ¿Cómo lo consiguen las personas? Porque si te callas demasiadas cosas, un día estallan o se pudren. Pero si las dices, haces daño. Y a veces mueves la mano y sin querer tiras el vaso y se rompe y hay agua y cristales; dicen que eso es fácil de arreglar con una bayeta y barriendo cristales. Lo que no se arregla es que te gustaría clavarte uno, que saliera sangre y no llorar.

En vez de estudiar, me he puesto a escribirte. No eres un puto personaje inventado ni eres mi puto amor platónico. Te he encontrado y tú sí tienes música.